

Una mansión que acoge infinidad de orgías (2) (2ª parte)

Autor: El Manso Embravecido

Categoría: Adultos / eróticos

Publicado el: 26/12/2024

Un chico estaba sostenido en el aire, en horizontal, por unas cuerdas atadas a sus brazos y piernas. Detrás de él, una dómina le tenía introducido el puño y parte del brazo derecho en el interior de su culo. Le hincaba el brazo con fuerza, como si quisiera pegarle unos buenos puñetazos en el interior de sus entrañas. El maromo chillaba como un cabrito en el matadero.

Alrededor del esclavo había otras tres chicas que se carcajeaban y arengaban a su compañera a que le metiera el brazo hasta el codo por lo menos. Estas chicas también se dedicaban a apagar unas colillas en la espalda del maromo, apretaban con garra, como queriendo introducirlas en el interior de la piel. Después se colocaron en cuclillas sobre una jarra de cristal, por turnos, y comenzaron a orinar. La jarra quedó algo más que mediada. Cogieron una pajita y la colocaron en el interior de la jarra y se la dieron a beber al esclavo.

–Bébetela toda poco a poco. Si no lo haces, te meteremos dos brazos al mismo tiempo en el trasero. Te reventaremos, ¡cabrón! –le dijeron.

Ante esta disyuntiva, al chaval no le quedó otra opción que, entre alarido de dolor y alarido de dolor (por los empujones que su Ama principal le infligía en el trasero), ir sorbiendo por aquella pajita y tragando toda aquella maravillosa cantidad de auténtico oro líquido.

En las tres horas buenas que duró aquella sesión de sadomaso, los ocho puños y brazos de aquellas hembras envalentonadas experimentaron la sensación de palpar y rozar las entrañas de aquel mancebo. El esclavo salió de allí con el vientre bien lleno de orines (pues al final, el recuento fue de tres jarras bien llenas), y con el culo más abierto que la boca del metro. Se marchó encantado.

Araceli observaba todo aquello comiendo pipas y acariciándose los pezones de vez en cuando para intensificar el placer. Estaba sentada sobre la cara del mancebo que había solicitado. Este ya le había proporcionado dos orgasmos y tragaba sin rechistar todos los jugos vaginales mezclados

con los efluvios sanguinolentos de la regla, que iba soltando en buenas cantidades ya. El chaval tenía la cara bastante manchada de restos menstruales.

–Traga todo lo que salga de mi cáliz, cariño. Es el Santo Grial. La sangre de la vida mezclada con los jugos del placer. El cordero de Dios que quita el pecado del mundo –le soltaba Araceli con socarronería y desparpajo.

La segurata, mientras seguía con sus faenas intentando alcanzar otros dos orgasmos, decidió ver qué pasaba en el hall, llamado habitación 0.

Como recepcionistas había una pareja vestida a la moda victoriana, como si estuvieran en el siglo XIX. Él llevaba un chaqué con un sombrero de copa y ella, un vestido rococó con vuelo y un sombrero muy elegante.

Mientras atendían a los nuevos inquilinos en el mostrador, el recepcionista agarraba por detrás a la compañera y frotándose bien, simulaba el acto sexual. Luego se sacó la verga de la bragueta, toda tiesa, y subiéndole el vestido a la chica, volvió a frotar su miembro contra su cuerpo. Resulta que la recepcionista iba bien protegida contra penetraciones por traición o por descuido. Debajo del vestido llevaba refajo, pololos y bragas. El chico se tuvo que conformar con magrearse y frotarse contra todas aquellas telas. Como el vestido era tan largo y ancho, el compañero daba el pego de estar follándose, pero en verdad no era más que una mísera gayola contra sus sayolos.

Ella atendía al público como si nada pasara, mientras su compañero arrimaba cebolleta apretando fuerte su rabo contra las carnes duras de su compañera. Con sus manos le palpaba la cintura y las caderas, pero cuando quiso subir más, se encontró con un corsé que le impidió amasar en condiciones aquellos pechos turgentes. Comenzaba a tener un cosquilleo que le recorría toda la polla anunciándole que en muy poco tiempo, si seguía por ese camino, podría alcanzar un decente orgasmo.

Los envites que el recepcionista le daba a su compañera, hacían que esta, a la hora de escribir el recibo cometiera algún que otro borrón. A los pocos minutos, el chaval por fin, después de frotar y frotar, hizo salir al genio en forma de lechada pegajosa manchando buena parte del refajo y quedándole todo pringoso.

El chico se fue y al poco rato llegó otro recepcionista vestido de la misma manera, para no desentonar con la chica, y sacándose la picha repitió la misma faena que su colega. Le levantó el vestido a la compañera y colocando su miembro entre el refajo y el vestido comenzó a simular una follada. El nabo de este enseguida se humedeció al contacto con los restos de esperma de su predecesor.

Una vez que este acabó, su lugar lo ocupó otro compañero y así a lo largo del resto del día.

Aquellas prendas (vestido, refajo, pololos y hasta bragas), al final de la jornada quedaron tan mojadas en semen, que al secarse, aquellas telas quedaron como acartonadas. Al día siguiente se las volvería a poner para que otros chicos siguieran con sus simulacros de folladas.

Araceli tenía la suerte de que, aunque tuviera la regla, eso no fuera un impedimento para seguir teniendo buenos orgasmos. Entre sus dedos y sobre todo, gracias a la boca y lengua de su esclavo, no paraba de enlazar clímax con clímax. Ya ni se molesta en ir al lavabo para orinar, se lo hace encima... o sea, encima de la boca del mancebo.

Él, como buen sirviente, saborea y bebe todos los efluvios que emane el lindo cuerpo de su ama.

Seguiremos contando en sucesivas entregas lo que ocurre en el resto de las habitaciones de esta mansión de las fantasías llamada El Edén.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [El Manso Embravecido](#)

Más relatos de la categoría: [Adultos / eróticos](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)